



## Antonio B., el Ruso. Ciudadano de tercera | Ramiro Pinilla

El impacto es de tal magnitud que, mientras discurre la lectura, nos resulta imposible evitar preguntarnos si lo que cuenta el libro es creíble o es tan solo una historia llena de exageraciones y atrocidades. Y es que, pese a que todo el paratexto advierte que *Antonio B. el ruso. Ciudadano de tercera* trata de una persona real que ha vivido en carne propia la persecución, la humillación y el ostracismo, que ha sido brutalmente agredido, golpeado, encarcelado, traicionado, vejado no solo por su pueblo, por la autoridad o el clero, sino por su propia familia, sigue provocando en el lector cierta suspicacia y hasta resquemor. Porque, ¿hasta qué punto es uno cómplice —de forma activa o pasiva— por guardar silencio o mirar al costado cuando todo lo que nos rodea es producto de la injusticia y la agresión? La vida de Antonio Bayo, conocido como «el ruso», nos interpela con una dureza que solo muy pocos libros han podido lograr, como *Archipiélago Gúlag*, de Aleksandr Solzhenitsyn, escrito por un ruso real. *Antonio B. el ruso. Ciudadano de tercera*, del narrador vasco Ramiro Pinilla, está ambientado en una época donde el franquismo ya se había impuesto y consolidado, sobre todo en aquellos pueblos abandonados a su miserable suerte y a su paupérrima economía, allí donde el orden era sinónimo de crueldad y rigor, donde la policía y la iglesia dominaban y sentenciaban sin filtros y a placer. Precisamente a ese oscuro y violento cronotopo nos remite su protagonista, Antonio Bayo, quien nos relata el sufrimiento que padeció, en gran medida, debido al hambre y a las carencias en las que discurrió su nada envidiable existencia. Víctima de la pobreza y de la férrea restricción, ya desde niño se vio en la necesidad de robar para, tras el curso de los años, acabar recluido en prisiones y nosocomios, y poner punto final sin un ápice de épica o de redención a una deslucida existencia. «El ruso», un pobre diablo sin suerte ni fortuna, pone en evidencia lo peor del autoritarismo y la crueldad de cualquier régimen militar. Si el lector cree que una guerra es lo peor, se llevará una gran sorpresa sobre lo grotesco que puede llegar a ser una dictadura militar, una pesadilla soñada con los ojos abiertos. Si el lector desea aferrarse a la idea de que su burbuja es la realidad, debe proponerse ir más allá y ser consciente de su época, donde la guerra y la destrucción siguen conviviendo y ganando terreno, que no lo veamos detrás de nuestros jardines o en los ángulos muertos de nuestras ventanas no significa que no exista. No hay que olvidar nunca que la vida, pero sobre todo la muerte, discurre más allá de nuestros teléfonos y que en cualquier momento llamará a la puerta.